

Circunstancia. Año VIII - N° 21 - Enero 2010

HANNAH ARENDT Y LA ANTICIPACIÓN DE LA CAÍDA DEL MURO

Agustín Serrano de Haro

Resumen:

El largo ensayo que Arendt dedicó en 1958 a la Revolución aplastada en Hungría en 1956 contenía una prefiguración explícita de la posibilidad de que el sistema de dominación soviético en Centroeuropa y Europa experimentase un repentino derrumbe político, es decir, justo lo que ocurrió en 1989. Esta anticipación se vinculaba a un certero análisis de la estructura de poder en que descansaba el comunismo normalizado.

Palabras clave: Arendt, Revolución húngara, Muro de Berlín.

Abstract:

The long essay from 1958 that Arendt devoted to the crushed Revolution in Hungary in 1956 offered an explicit anticipation of the possibility of a sudden political breakdown of the soviet domination in Central and Eastern Europe, that is, just what happened in 1989. Such an anticipation is linked to Arendt's acute analysis of the structure of power on which "normalized" communism was based.

Keywords: Arendt, Hungarian Revolution, Berlin Wall.

Puede decirse con cierto fundamento que entre los contados pensadores y filósofos políticos que acertaron a vislumbrar de forma anticipada el desplome del Muro de Berlín se encuentra justamente la pensadora y filósofa que fue Hannah Arendt. Es verdad que la anticipación fue tanta –pues data de 1958- que, para empezar, el Muro todavía ni siquiera había sido levantado. Ocurre además que ella apuntó con nitidez esta posibilidad de un desmoronamiento global del socialismo llamado “real” sólo en medio de otras posibilidades que también valoraba como factibles en la incertidumbre política de la Guerra Fría. Y, en fin, lo cierto es asimismo que la predicción del posible desplome, que con llamativa exactitud habría de cumplirse treinta y un años después, no nacía de ninguna teoría general, ya fuese del socialismo o del capitalismo, ya de la evolución de las sociedades o de la marcha de la Historia, sino más bien de determinados acontecimientos a los que, eso sí, ella se atrevió a mirar con atención; esta detenida y penetrante atención a lo ya acontecido era la que le impedía subsumir, por vías más o menos rápidas, los hechos y su sentido en teorías generales o tópicos políticos al uso. En resumidas cuentas, la pensadora judía, que desdeñaba por igual las filosofías de la Historia y la ciencia política empírica y predictiva, y que contaba de antemano con que el porvenir nos es siempre desconocido, previó como pocos/as el lejano y contingente derrotero de los acontecimientos de 1989.

El testimonio fundamental en que baso esta afirmación se encuentra en las “Reflexiones sobre la Revolución húngara”, un largo artículo que apareció a principios

de 1958 en el *Journal of Politics* y que analizaba los asombrosos sucesos del otoño de 1956 en Hungría. Aunque escrito al calor de la grandeza de los acontecimientos y de la enorme tragedia final, no debe pensarse que se trataba sólo de un ensayo ocasional o de circunstancias –si esta publicación me permite esta expresión-. La prueba es que en ese mismo año de 1958 el ensayo, corregido y ampliado, fue incorporado ni más ni menos que a la segunda edición en inglés de *Los orígenes del totalitarismo*, y en ella se convirtió no sólo en el capítulo decimocuarto sino en el “epílogo” a la magna obra¹. De hecho, en la compleja estructura descriptiva e interpretativa del libro, Arendt pareció tantear en este epílogo una categoría intermedia entre el análisis del imperialismo decimonónico –tema del segundo volumen- y el del totalitarismo del XX –tema del tercero-: “imperialismo totalitario” sería ahora la fórmula conceptual para la novedad relativa del sistema soviético de satélites, y en el que se enmarcaba el aplastamiento a fuego de la revolución húngara. En todo caso, el último párrafo de este ensayo-epílogo – que no fue luego incorporado a la traducción española de 1974- puede leerse a día de hoy, en efecto, como un certero vislumbre de los memorables acontecimientos de 1989. Conviene, pues, empezar por citar en integridad este párrafo final:

“Las señales de peligro de 1956 tuvieron, con todo, suficiente entidad, y aunque hoy hayan quedado ensombrecidas por los éxitos de 1957 y por el hecho de que el sistema fue capaz de sobrevivir, no sería prudente olvidarlas. Si auguran algo en absoluto, sería mucho más un repentino y dramático colapso de todo el régimen que una normalización gradual de él. Tal desarrollo catastrófico no ha de traer necesariamente el caos, como hemos aprendido de la Revolución húngara, por más que sería ciertamente imprudente esperar del pueblo ruso, tras cuarenta años de tiranía y treinta de totalitarismo, el mismo espíritu y la misma fecundidad política que mostró el pueblo húngaro en su hora más gloriosa”².

Lo que el párrafo llama, en la perspectiva del sistema soviético de dominación, “señales de peligro de 1956” hace referencia a esas apenas dos semanas en que el aparato comunista de poder se vino literal e íntegramente abajo en Hungría: sin encontrar quién lo defendiera desde dentro y por tanto sin peligro de guerra civil –el régimen no conservó más apoyo que la policía política de observancia moscovita-, sin causar apenas pérdidas de vidas humanas... En la secuencia de los hechos, la rebelión se produjo además a partir de pacíficas manifestaciones callejeras, de estudiantes universitarios en primer término, a las que se fue sumando masivamente todo el pueblo –obreros de las fábricas y oficiales del ejército incluidos-; no hubo disputas partidistas ni partidos semi-organizados –por entonces toda forma de organización política llevaba ya años eliminada-; tampoco hubo programas ideológicos ni reivindicaciones o manifiestos determinantes, pues la palabra “libertad” estaba tan llena de contenido que marcaba un completo proceso de acción; junto a la libertad, sólo la palabra “verdad” tuvo también protagonismo esencial. Los desconcertantes sucesos húngaros coincidieron, además, con el conato simultáneo de rebelión en Polonia, que, sólo en vista de la invasión posterior de Hungría, pudo ser parada “a tiempo” por las autoridades del país. También entonces, pues, rondó la posibilidad del contagio o comunicación a todo el Este y Centro de Europa. Pero en cualquier caso, como bien se advierte, el balance de un primer paralelismo con los sucesos pacíficos y arrolladores de 1989 no es nada despreciable.

Los “éxitos de 1957” que el texto menciona apuntaban, en cambio, hablando de nuevo en la misma perspectiva soviética, a la supervivencia posterior del propio sistema de

satélites, a su “normalización”, aunque precaria, a través de las divisiones armadas extranjeras. A ello se añadían ciertos éxitos tecnológicos rusos de aquel año, y *eo ipso* propagandísticos, e incluso contaba como éxito la constatación de que el atractivo del comunismo no había sufrido un quebranto decisivo por los acontecimientos del 56; no al menos en África y Asia –¿lo sufrió acaso, en medida importante, en Europa Occidental?-.

Por otra parte, que el efímero colapso del comunismo institucionalizado no llevó al caos, que la revolución popular no dio paso a la destrucción y al desorden ingobernable, no sólo lo destacaba con detalle el ensayo de Arendt, sino que le servía a su autora para reivindicar el sistema político de consejos populares, elegidos en la base en votación directa, y luego como escala piramidal por sufragio interno: tal sería el modelo político siempre buscado por las “revoluciones espontáneas” y democráticas y siempre traicionado –aprovechaba Arendt-. Quizá en este último punto el paralelismo con el 89, que rápidamente buscó la homologación con las instituciones occidentales, sí se disipa, pero, en cambio, llama de nuevo la atención la lúcida reserva de Arendt en punto a que acontecimientos similares a los húngaros no podían esperarse en la propia Rusia, como si aquí la herencia convergente del totalitarismo estalinista y de la tiranía consolidada desactivaran tal posibilidad. No sé yo si la ausencia de algo parecido a “revolución de terciopelo” en la Unión Soviética y el propio curso de los acontecimientos entre 1989 y 1991, y quizá hasta hoy, no confirman de algún modo también este último apunte arendtiano. Pero volvamos con ello a lo principal.

Una de las claves de la lucidez premonitoria de Arendt a este respecto estriba, a mi juicio, en la circunstancia de que la teórica del totalitarismo no ponía el foco central de su análisis en la estructura económica y social de los países comunistas. Más bien al revés, observaba la centralización de la organización económica y la colectivización por principio de las unidades de producción y distribución y el control burocrático omnímodo, como instrumentos en el diseño de una sociedad enteramente dominada; la cual era, a su vez, la condición de una posible y posterior deriva totalitaria, o bien de una recaída en el totalitarismo –de lo que Arendt seguía viendo signos amenazantes en la Unión Soviética de Krushev-. Si el comunismo soviético hubiera sido ante todo un modelo social alternativo, dispuesto a competir con el mundo capitalista en la producción de bienes y a desafiarlo pacíficamente por su capacidad de distribución igualitaria de tales bienes, la comparación entre los logros de ambos modelos y la determinación de sus líneas internas de evolución hubieran sido los factores decisivos a la hora de la comprensión y valoración políticas. De algún modo, una gran mayoría de economistas, sociólogos, politólogos y pensadores, “orientales” y “occidentales”, sí primaron esta dirección, y en función de ella auguraron o la convergencia de ambos modelos o la consolidación de una tercera vía original, o directamente el declive inevitable del capitalismo. Pero si la ordenación completa de la vida económica y social servía a la detentación y ampliación del poder, y si la justificación del ejercicio omnímodo del poder era básicamente ideológica, y si con ello los individuos, aunque también las realidades nacionales, se tornaban verdaderamente en “material humano” de la organización ideológica del poder, si todo ello era el caso, se entiende algo mejor que pudiera surgir una rebelión-revolución no ya a instancias de las penurias materiales sino en nombre de la libertad y de la verdad –estos conceptos “anticuados” frente al aparato ideológico-. Arendt presta reconocimiento inmediato a los testimonios de esos grupos privilegiados del régimen que encabezaron la sublevación en Hungría, a propósito de que “vivían entre mentiras” y estaban hartos de las mentiras. Pues, en efecto, el poder

reconocer cuál era el verdadero estado de las cosas -de la soberanía nacional o de la economía nacional; o de los procesos judiciales en las altas esferas, o de la actuación de la policía, o de lo que fuera- exigía a la vez pensamiento y libertad de pensamiento, y con ella libertad de reunión y de discusión y de expresión; todo lo cual era, para el régimen en el poder, sinónimo de crimen y traición. Como se encarga de subrayar Arendt, para éste el peligro no venía tanto del ejercicio del pensamiento y de su posible influencia, cuanto de que la realidad fáctica tuviera una vía de acceso al discurso político, que de inmediato pondría en riesgo la construcción ideológica de la realidad y de la verdad por el poder.

Y por cierto que también a este respecto cabe un salto concorde hasta la última década de vigencia del comunismo en Europa, después también de la Primavera de Praga. Pues el ensayo compuesto por Vaclav Havel en uno de sus encarcelamientos: *El poder de los sin poder* constituye quizá el mejor análisis del comunismo posttotalitario en su funcionamiento cotidiano. El estudio arranca, como quizá se recuerde, con el caso del humilde tendero de comestibles que sigue poniendo en su establecimiento los eslóganes proletarios que le han sido asignados, y sigue acudiendo a las reuniones de barrio y del ramo del partido, y sigue sumándose a las manifestaciones y coreando las consignas; y que por supuesto no cree en nada de todo ello y sabe que todo ello –el hombre nuevo, la sociedad reconciliada, la prosperidad futura, la fraternidad de pueblos socialistas- oculta sólo la amenaza de brutal represión sobre quienquiera que se atreva a declarar lo que casi todos comparten: que todo lo que se dice y hace es mentira. El análisis de Havel sostiene que el comunismo normalizado conseguía de este modo, sin necesidad ya de la adhesión militante, sin tampoco la movilización perpetua de la década totalitaria, algo único, a saber: que las víctimas del poder fueran al propio tiempo los instrumentos de su sostenimiento, los vehículos de su consolidación y vigencia colectiva. Y el escritor checo destacaba también cómo justamente por ello el puro acto de decir la desnudez del rey cobraba un alcance político insospechado, al amenazar con propagarse a los propios instrumentos y vehículos del poder, es decir, al resto de sus víctimas; de aquí que la tentación a reconocer la realidad tuviera que ser reprimida preventivamente.

Con la agudeza habitual en ella, Arendt quiso también destacar, al analizar la re-normalización de Hungría, el orden muy significativo en que procedió la persecución política. Una represión implacable cayó en primer lugar sobre los Consejos Revolucionarios, que habían canalizado el movimiento de rebelión y resistencia; se persiguió, a continuación, a los sectores intelectuales implicados; en cambio, los nuevos sindicatos libres, que habían sustituido a los del aparato del partido, tuvieron ya una muerte más lenta y suave; y finalmente, en el ámbito de la organización económica, y en particular de las colectivizaciones, se admitieron algunas correcciones provisionales de la situación anterior. La contradicción con la ortodoxia marxista, que declara la acción política y la vida intelectual estructuras superpuestas a la realidad económica, no puede ser más evidente. Pero es que “con independencia de lo que el mundo libre pueda pensar sobre lo que está en juego en su conflicto con el totalitarismo, los propios dictadores totalitarios han mostrado en la práctica saber muy bien que la diferencia de sistemas económicos, lejos de constituir el núcleo duro de desacuerdo final, viene a ser lo único en que son posibles concesiones”³.

Ya que Arendt no vivió lo suficiente para celebrar con gozo el desmoronamiento pacífico del comunismo soviético y del ominoso sistema de sus satélites, quizá podamos nosotros, en homenaje a ella y en homenaje a la disidencia intelectual y cívica que hizo

posible –por una vez- el final feliz, recoger las palabras lúcidas que ella pronunció sobre la Revolución aplastada en Hungría y hacerlas ahora nuestras como si hubieran descrito cabal y premonitoriomante la caída del siniestro Muro: “Si alguna vez hubo una cosa tal como la «revolución espontánea» de Rosa Luxemburgo –ese súbito alzarse de un pueblo oprimido por mor de su libertad, y apenas por nada más: sin que el caos desmoralizador de una derrota militar lo preceda, sin técnicas de *coup d’etat*, sin un aparato bien ajustado de organizadores y conspiradores, sin la propaganda socavadora de un partido revolucionario-, es decir, si alguna vez hubo lo que todo el mundo - conservadores y liberales, radicales y revolucionarios- había desechado ya como un noble sueño, entonces nosotros hemos tenido el privilegio de ser sus testigos”⁴.

NOTAS

1. En la tercera edición norteamericana de *Los Orígenes del Totalitarismo*, de 1966, el “Epílogo” fue suprimido por el interés de Arendt en preservar mejor la unidad temática fundamental de la obra.
2. Arendt 1958b, p. 120.
3. Arendt 1958b, p. 106.
4. Arendt 1958b, p. 71.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arendt, Hannah (1958a). “Totalitarian Imperialism: Reflections on the Hungarian Revolution”. *Journal of Politics* 20, 5-43.

Arendt, Hannah (1958b). “Epilogue: Reflections on the Hungarian Revolution”. *The Origins of Totalitarianism*. New York: Meridian. Trad. española de Agustín Serrano de Haro: “Reflexiones sobre la Revolución húngara”. *Karl Marx y la tradición del pensamiento occidental*. Madrid: Encuentro, 2007, 67-120.

Havel, Vaclav (1979). *Moc bezmocných*. Londres: Palach Press. Trad. de Vicente Martín Pindado: *El poder de los sin poder*. Madrid: Encuentro, 1990.